



Dos semblanzas del artista; en la página anterior, óleo del pintor ecuatoriano Oswaldo Guayasamín que devela algo acentuados los «aires indios» y la templanza de su rostro. A la derecha, Atahualpa con su guitarra. Abajo una calandria, una de las aves que Yupanqui admiraba por su canto melodioso y de la que conocía muy bien su biología y sus costumbres.



Claudia D. Acunto

Dos naturalistas y conservacionistas, ambos socios de nuestra entidad, nos presentan una semblanza de la personalidad de uno de los máximos compositores de folklore argentino y su relación con la naturaleza.



Gentileza Fund. Atahualpa Yupanqui

Silbando piensan las aves

Por Marcela Lossada y Juan Carlos Chebez

LA AVIFAUNA EN LA OBRA DE ATAHUALPA YUPANQUI

El 31 de enero de 2008 se cumplieron 100 años del nacimiento de uno de los máximos poetas, músicos y cantores populares de la Argentina: Atahualpa Yupanqui. Ya bien sabido es cómo este artista autodidacta, surgido de un pequeño pueblo en la cercanía de Pergamino, provincia de Buenos Aires, en plena pampa ondulada se trasladó en su juventud temprana hacia el Tucumán para «quedar prendado» del paisaje norteño. En consecuencia lógica compuso su primer tema musical: «Caminito del indio», firmándolo primero como «Yupanki», homenajeando al quechua y a la rica historia incaica, que llegó con su influencia hasta allí. Poco después sumó el nombre con el que se lo conoció hasta su muerte y con el que trascendió a la historia. El mismo término que figuraba en el Larousse, mientras en la Argentina se lo condenaba a un exilio o se lo nombraba en voz baja. Como músico, el instrumento con el que estableció una curiosa simbiosis fue la guitarra, a la que lograba extraerle con su mano zurda un sonido muy particular y extrañamente rústico o salvaje que maravillaba al oyente. Yupanqui estaba decidido a conocer el país de primera mano y sin basarse en libros sino como orientación. Se largó a lomo de mula o a caballo por todo el noroeste conchabándose en



mil empleos que pudo describir en sus poemas y canciones; porque él había sido el hachero, el minero, el pelador de caña por sólo poner algunos ejemplos.

Esto, sin olvidar sus estadias en Córdoba, Entre Ríos y Santa Fe que le fueron dando una visión integral de los grandes paisajes argentinos y sus hombres. La observación de los usos y costumbres de cada región, objetivo del folklore como ciencia, constituyeron su máximo interés. Pero tenía bien claro que no era un investigador y que su misión era aprenderlos y aprehenderlos para devolverlos a sus compatriotas transformados en relatos, poemas y canciones con color y ritmos de inspiración folklórica. Mucho podríamos agregar sobre su vida y sus andanzas no solo por nuestra tierra sino por el mundo entero que lo reconoció como un gran artista hasta su muerte acaecida en Nîmes, al sur de Francia, el 23 de mayo de 1992. Sin embargo, tuvo la suerte de dejar un relato autobiográfico ya publicado en vida en su libro «El Canto del viento».

ATAHUALPA Y LAS AVES

Grande fue nuestra sorpresa al conocerlo cuando se despachó: «-¿Usted

sabe como se llama la calandria?, y con cierta insolencia le respondimos que sí, *Mimus saturninus*. Nos respondió: «No, paisano, *Mimus saturninus moludator* para ser preciso», a lo que respondimos con una cara de asombro y con la boca abierta y que cerramos al escuchar: «*Mimus*» porque imita a otros pájaros, «*saturninus*» porque canta al amanecer cuando se ve saturno y «*modulator*» porque canta lindo y modula bien».

Esta anécdota real pinta de cuerpo entero a este hombre que abrevaba en los libros y se jactaba de ser de «una familia de pobres rica en libros», él no había podido como tampoco Lugones, Juan Burghi, Rubén Darío, Baldomero Fernández Moreno, quedarse al margen de la admiración por estos pequeños seres emplumados que unían al don del vuelo la bendición del canto. Porque para un cantor, ser comparado o querer ser comparado con las aves era casi inevitable. Así, repasando su obra se suceden las menciones a las aves o los pájaros en sentido abstracto como en la milonga de Romildo Riso, poeta oriental que él supo musicalizar y que lleva el título de esta nota:

Silbando piensan las aves / Yo pienso ansina también. / Naidés sabe lo que dicen, / ellas lo deben saber. / Se me hace que las ideas /con las palabras se van /

Abajo, Atahualpa cebando un mate. A la derecha, en uno de sus viajes al exterior, alimentando a las palomas.



Gentileza Fund Atahualpa Yupanqui



Gentileza Fund Atahualpa Yupanqui

en el silbido parece / que se alargan nada más. / Mesmo sin pensar en nada / las horas suelo silbar.

En «El payador perseguido», su obra cumbre, comenta: «Vuelo porque no me arrastro, / que el arrastrarse es la ruina; / anido en árbol de espina / lo mismo que en cordilleras / sin escuchar las zonceras del que vuela a lo gallina. / No me arrimo así nomás / a los jardines floridos. Sin querer vivo alvertido / pa' no pisar el palito. / Hay pájaros que solitos se entrampan por presumidos.»

O en su canción poco conocida «Juan», al decir: «...tuve en mis ramas un nido / yo sé que se salvarán / los pájaros siempre vuelan / yo nunca aprendí a volar». O en «El salitral»: «Las aves pasan de largo / hacia los montes se van / sólo queda un gran silencio / tendido en el salitral». También hace menciones a especies particulares, como las gaviotas en «La hermanita perdida» dedicada a nuestras Islas Malvinas: «Sobre las aguas australes / planean gaviotas blancas», o en el poema «Para un bello nombre» dedicado al Uruguay cuando dice: «Blancas golillas como un vuelo de gaviotas / y golillas bermejas aleteando en la aurora.». Las palomas a las que menciona en «De aquellos cerros vengo», un lindo bailecito: «Este ponchito mío de tres colores / me dice que no fie de tus amores. / Palomita ingrata, viditay, me has pagado mal / córtate las alas, viditay, deja de volar» y a la que dedicó una pieza instrumental que merece una mención especial: «La danza de la paloma enamorada», una mezcla de aire de vidala con aire de chacarera y que según él mismo nos contara, surgió casi como un juego entre él y el pianista Adolfo Ábalos, recientemente desaparecido, rememorando desde la guitarra y el piano el canto triste de la bumbuna o yerutí en una ardiente siesta en el límite entre Santiago del Estero y Tucumán. Esta pieza instrumental es, a nuestro juicio, una de las más logradas como músico y como intérprete y de algún modo la versión argentina del célebre «Pájaro campana» compuesta en arpa por el músico paraguayo Félix Pérez Cardoso con quien Yupanqui y los Hermanos Ábalos ha-



Alejandro Ronchetti

bían compartido escenario en Buenos Aires. Recurrentemente, entre nuestros poetas como en la milonga «Para el que mira sin ver» al decir: «...en el silbo de los montes / lecciones toma el zorzal» o en su último poema «La Capataza», al decir: «Te enseñaré los ritos del zorzal / y el pequeño runrun anochecido», donde nos quedamos con las ganas de preguntarle si quiso referirse con el nombre de run run al picaflor coludo, en un último destello de su privilegiada memoria o en la milonga «Las cruces», dedicada a las cruces que se colocan en la orilla de los caminos: «le cantan los chalchaleros como eligiendo sus trinos». También hay una divertida mención a la perdiz en una milonga de la cual es autor de la música pero de la que le atribuyen la letra bien yupanqui que es mérito de José «Pepe» Razzano, el mismo integrante del celebre dúo Gardel-Razzano, cuando dice: «En más de alguna ocasión / quisiera hacerme perdiz / para ver de ser feliz / en algún pago lejano / pero la

El enorme y emblemático cóndor andino, despertó siempre la admiración de Atahualpa y más de una vez al contemplarlo deseó tener sus alas para volar y este concepto lo dejó expresado en más de una de sus letras.

EL PROYECTO QUE NO FUE

Como curiosidad, en 1986 intentamos acercarnos a Roberto Straneck y Atahualpa Yupanqui para un lindo proyecto que no pudo concretarse: el de grabar un disco; con temas suyos de inspiración ornitológica acompañados de grabaciones de las voces de las aves que se mencionaban. Pudimos acercarle los famosos cassetes de Roberto a Don Atahualpa, quien quedó muy interesado en el trabajo, y hablarlo con Roberto en nuestros fogones en el Uruguay. Y simplemente el destino no permitió que la obra aconteciera, aunque nada impide hacerla ahora como homenaje con sus grabaciones y con la ventaja de saber que el proyecto le interesaba y mucho. Era una forma más de demostrar cómo su música traducía la naturaleza, que es en definitiva la misión primera del arte.



R. Møller-Jensen

CANCIÓN DE LOS HORNEROS

Al hornero, que ya era un tema recurrente en la literatura folklórica o gauchesca y al que nada menos que Leopoldo Lugones, poeta que admiraba, le había dedicado su célebre poesía, lo mencionaba habitualmente, pero le dejo una página brillante en la «Canción de los horneros» cuya letra pertenece en realidad a Romildo Risso y que él musicalizó como milonga.

*En la cumbre 'e mi rancho
anidaron dos horneros
y yo parezco un extraño
y el rancho parece de ellos.*

*Dentro solo, salgo solo,
siempre solo voy y vengo
juntos los hallo en el campo
y el campo parece de ellos.*

*Juntos trabajan y cantan
y tuito lo hacen contentos
yo no sé si a mi me miran
con lástima o con desprecio.*

*Ni se asustan cuando paso,
como si yo fuera un perro
que ni estorbo ni hago daño
y me dejan andar suelto.*

*Ansina vivo en mi rancho
dende que solo me veo;
en antes otro era el nido
y el mundo parecía nuestro.*

*¡ Rogále a Dios, hornerito,
que no te pase lo mesmo !*

verdad, paisano / ¡Me gusta el aire de aquí...!».

No obstante, por charlas con él sabemos de dos aves que de algún modo veneraba y que encerraban los dos mundos que el supo amalgamar: el de la América india y la montaña y el de la pampa laboriosa. Y nos referimos al cóndor y al hornero; del primero son múltiples las referencias y en algún libro que nos dedicó nos dibujó dos montañas y un cóndor en vuelo entre las mismas, diciéndonos que así firmaba sus primeros autógrafos. Una copla anónima que recopiló no dejaba de recitarla y des-

cribía su admiración por esta ave inmensa que hacía sentir al hombre chiquito en la inmensidad del paisaje: «Voy andando por el mundo / lo miro al cóndor volar / ¡Bien haiga bicho dichoso, / tus alas me habías de dar!». En una canción del célebre poeta peruano José Santos Chocano que él musicalizara dice: «Quisiera ser un cóndor/ y aprisionar un rayo / entre mi pico / y así soberbio regalarte un ala / para que hagas con ella un abanico».

DEFENDER LAS AVES

Su preocupación por la temática ambiental o ecológica era cierta y más de una vez nos preguntaba sobre nuestros proyectos en la Fundación Vida Silvestre Argentina o se entretuvo leyendo «Entre hombres y pájaros», de Tito Narosky que le acercamos con una cálida dedicatoria del autor. Cuando le resaltábamos cómo su obra podía usarse para comprometernos en la defensa de nuestro entorno reflexionaba socarronamente: «mire usted, yo era ecológico y no lo sabía». Su compromiso venía de mucho tiempo atrás y en el caso de los pájaros ya reflexionaba diciéndole al «Changuito riojano»: «Si por ahí columbras algún pajarito parao en un árbol / te sacáis la honda que lleváis al pecho, / te vais acercando, y cuando yasito lo vas a hacer polvo, / te quedáis quietito mirando, porque el avecita / te ha soltao un canto tan lindo, tan raro / como si al mirarte se hubiera alegrado, / y cantando mesmo / le hiciera una fiesta pa' su amigo chango./ ¡Como te recuerdo, changuito riojano!».

O al recordar al santiagueño Julio Argentino Jerez: «Van los hacheros al monte / y el ave sin nido queda/ y el hacha brilla en el aire / y el monte sin leña queda», pero llegando al final sólo pide un deseo: tener su propio monte para escuchar la voz de todos los pájaros. Años después esto sucedería tal cual lo anticipara y así sus cenizas descansan bajo un roble cerca de un viejo algarrobo, donde seguramente su sueño se vuelve en las mañanas realidad.

«Quisiera tener un monte / en un lugar provinciano / para escuchar en la tarde / la voz de todos los pájaros».

Glosario: algarrobo (*Prosopis* sp.), calandria (grande) (*Mimus saturninus*), chalchalero (zorzal chalchalero) (*Turdus amaurochalinus*), cóndor (*Vultur gryphus*), gaviotas (*Larus* sp.), hornero (*Furnarius rufus*), pájaro campana (*Procnias nudicollis*), perdiz o inambú común (*Nothura maculosa*), picaflor coludo o cometa (*Sappho sparganura*), roble (*Quercus robur*), yerutí común o bumbuna (*Leptotila verreauxi*).